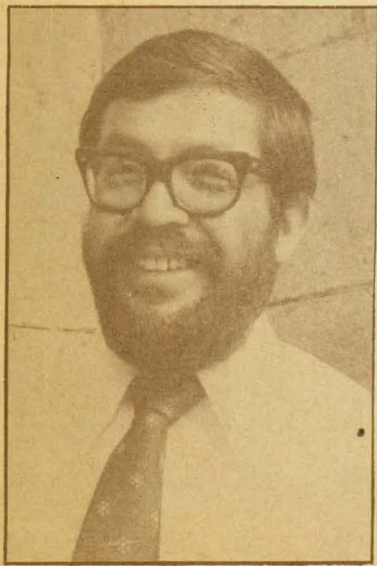


¿Y si Gavin se marchara?

¡Qué Gran Servicio!

31 de Octubre 84.-

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



La madre del embajador John Gavin es mexicana. Sonorense, de apellido Pablos. El joven que al llegar a adulto sería actor, pasó por ello, algunas temporadas en nuestro país. Luego, ya en Hollywood, eso debe haber influido para que entre las películas de segundo orden que protagonizó se le encomendara el papel principal de **Pedro Páramo**, y después para que se le escogiera como anunciador de un licor que se destila en México. Acaso por todo ello cuando el presidente Reagan se vio en la necesidad de nombrar un embajador en México pensó en su colega, dirigente como él del sindicato de actores. Ya se sabe que, a veces, los presidentes de Estados Unidos obran mecánicamente.

El antecesor de Reagan, Carter, nos había enviado como su representante al doctor Julián Nava, descendiente de zacatecanos, para procurar una buena imagen en nuestras relaciones. Como en este caso, esa previsión falló también.

Y sin embargo, el embajador Gavin, inspector general de carreteras **ad honorem**, está en situación de rendir un excelente servicio a las vinculaciones entre su país y el nuestro, decidiendo que ha llegado la hora de marcharse, y/o persuadiendo de ello a su presidente. Si designarlo fue un acto de buena voluntad en grado de tentativa, un intento de buen gesto del presidente Reagan, retirarlo ahora reiteraría esa disposición de ánimo del principal huésped de la Casa Blanca respecto de nuestro país. Y eso sería, además, una decisión que rendiría parias a la eficacia. Porque el embajador Gavin ya no está haciendo bien su papel aquí.

Hace unos días, el embajador acudió a una entrevista radiofónica, y en ella relató que recién llegado a México, personas o grupos de izquierda formularon cargos contra él, y pidieron que fuese declarado **non grato**. Entre risueño e informador, comunicó el hecho a su Presidente, quien lo tranquilizó diciéndole que eso era señal de que estaba haciendo bien su trabajo. Pero aun si se admitiera que tal aseveración corresponde con el objetivo que debe plantearse un diplomático, hoy ya no es cierto, porque el círculo de las personas que suponen que Gavin daña las relaciones entre México y Estados Unidos, en vez de fomentarlas, se ha ensanchado. Comprende ahora nada menos que a dirigentes políticos de primer nivel, del partido gobernante; y acaso, a la propia cancillería.

Nadie puede calificar al presidente del Partido Revolucionario Institucional, de extremista. Como corresponde al liderazgo partidario de un régimen que tira al conservadurismo, su propia posición se afilia a esa corriente. Pues bien, desde esa postura, el dirigente del partido gobernante en México, que nada tiene de comunista, ha desestimado las intervenciones poco afortunadas del embajador Gavin, y le ha llamado irresponsable e ignorante. Claro que ello se debe, principalmente, a que el embajador se colocó en una tienda partidaria diversa de la representada por el senador Adolfo Lugo Verduzco. Pero de todas maneras el hecho es que el líder de los 15 millones de ciudadanos que en 1982 votaron por el PRI no piensa que Gavin esté haciendo bien su trabajo, el que formalmente le ha sido encargado.

Después de que el 19 de septiembre Lugo Verduzco lanzó su particular **Grito de Guadalajara** contra el embajador de Estados Unidos, éste reaccionó con incontinencias verbales dignas de mejor causa. No guardó silencio, como la prudencia diplomática hubiera aconsejado; y mucho menos consideró per-

tinente mostrar que hubiera descubierto estar en un error. Por lo contrario, se empeñó en él. Poco después, unas declaraciones suyas fueron publicadas en Nueva York, en el **Boletín del Mundo Diplomático**. Correspondían al sentido expresado de viva voz por el propio embajador en una conferencia, que él formuló a base de hipotéticas preguntas y sus respuestas, en Palo Alto, California, a fines de septiembre. Entre otras cosas, el embajador advertía (siguiendo su técnica de decir que no dirá las cosas que dice, como cuando anunció que se abstendría de responder a Lugo Verduzco, mientras le respondía) a los turistas norteamericanos contra los riesgos de viajar en algunas carreteras mexicanas. Unas semanas más tarde, por cierto, se presentaría personalmente a la Secretaría de Turismo, quizá a corroborar si las medidas de seguridad que implícitamente solicitaba se implantaron ya en esas vías. Y todavía más tarde fue a la emisión de radio al que nos hemos referido, en el que despotricó contra los periodistas a los que les parece impropio el modo en que promueve las buenas relaciones entre su país y el nuestro.

Tal vez por eso, cuando el martes 9 de octubre el secretario de Relaciones Exteriores platicó con el grupo Veinte mujeres, a instancias de una de las interrogadoras calificó de buenas las relaciones que el gobierno de México mantiene con el de Washington y señaló los niveles y los nombres de los funcionarios con quienes se concreta esa buena relación... sin incluir entre ellos al propio embajador. Se trató, sin duda, de una delicada manera de descalificar al verboso representante del presidente Reagan.

Eso es a lo más que podemos llegar, sin duda. Nuestro país ha roto relaciones, en el pasado, con gobiernos como la Unión Soviética, España, Guatemala o Chile. Hemos expulsado, en más de una oportunidad, a representantes de gobiernos con quienes mantenemos relaciones, como cuando en 1959 miembros de la embajada de la URSS fueron despedidos de nuestro país acusados de participar en la conjura roja que el gobierno imaginó estaba en curso entonces. Nunca hemos tenido un gesto desagradable, en cambio, respecto de nuestros vecinos del norte. Es explicable que así sea, no sólo por cautelas y precauciones que no es preciso explicitar, sino porque la naturaleza de los vínculos de nuestra nación con aquella así lo demanda.

Por tal razón, es ingenuo solicitar a la cancillería que declare persona **non grata** al embajador de Estados Unidos de Norteamérica. Pero quizá lo es menos reflexionar sobre la ineficacia de un representante que se ha enajenado la voluntad no sólo de los izquierdistas, de lo que pudiera sentirse ufano, sino de sectores mucho más amplios de nuestra sociedad, y acaso de un gobierno que ruboroso y cortés no se decide a hacerle saber cuán estimulante para las buenas relaciones bilaterales, sería el retiro del propio Gavin.

Los tiempos son propicios para ello. En un par de semanas habrá elecciones en Estados Unidos. Si bien es remoto que el Partido Demócrata vuelva a la Casa Blanca, el que ello ocurriera sería oportunidad inmejorable para que el señor Gavin presentara su renuncia. En caso contrario, si el señor Reagan (y el señor Bush, naturalmente) son reelegidos, la toma de posesión para el nuevo periodo, en enero próximo, marcaría la ocasión para que el señor Gavin diera a su amigo la circunstancia de rehacer su cuerpo diplomático, por lo menos en lo que hace a su principal vecina del sur.

No le estamos pidiendo que se vaya. No tendríamos carácter, en ningún sentido de la expresión, para **hacerlo**. Estas líneas ni siquiera van dirigidas a él, sino a los lectores habituales de nuestra revista. Queremos en todos los casos ser parte de la tradición hospitalaria que ha singularizado a nuestro país. Quisiéramos pensar, sin embargo, en que el pragmatismo de que ha dado muestras en su vida profesional el señor Gavin se impusiera en esta coyuntura y, advertido de que ya no puede mejorar las relaciones, sino lo contrario, tomaran él y/o su gobierno la decisión de poner fin a un periodo de pequeñas o grandes tensiones que, cualquiera que sea su tamaño, no benefician a la comunicación diplomática entre las dos naciones.